

Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza (1581-1639)

Es considerado uno de los más importantes dramaturgos del Siglo de Oro debido a que muchos prefieren incluirlo en la literatura española. Efectivamente, escribió la totalidad de sus obras en España, de tremendo éxito en la madre patria. Desde este punto de vista, su importancia yace en el hecho de que fue el primer escritor criollo, oriundo del Nuevo Mundo, que obtuvo un lugar importante en la península.

No se sabe con certeza si Juan Ruiz de Alarcón nació en Taxco o en México. Lo que sí es cierto es que nació en el seno de una familia importante y de un considerable nivel intelectual. Su madre Leonor de Mendoza era nieta de conquistadores y su padre era dueño de minas.

Ruiz de Alarcón realizó sus estudios de bachillerato en la Real y Pontífica Universidad de México. En 1600 se fue a España por primera vez, estudió en Salamanca y también residió y trabajó un tiempo en Sevilla hasta el año 1608. En 1608 regresó a Nueva España y continuó sus estudios en Derecho. En 1613 volvió a España y obtuvo una plaza en el Consejo de Indias. Fue entonces cuando dedicó su vida al mundo del teatro. Después de ocupar el cargo de “relator” en el Consejo de Indias, empezó a publicar sus comedias, que son más de veinte en total. Tuvo una hija natural con la actriz Ángela de Cervantes. El dramaturgo murió en 1639.

Ya mencionamos que en aquel momento España vivía su Siglo de Oro. En el ámbito literario brillaban los nombres de Lope de Vega, Miguel de Cervantes, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Francisco de Quevedo, Luis de Góngora y otros. Este novohispano, pelirrojo, arqueado de piernas y probablemente jorobado de pecho y espalda, fue difícilmente aceptado en los ambientes literarios; todo lo contrario, llovieron

las ofensas contra él y tuvo que soportar crueles burlas. Esta serie de ofensas y burlas continuaron lamentablemente hasta el día de su muerte. El historiador José Pellicer de Ossau (1602-1679) llegó a burlarse de él al dar la noticia de su muerte en 1639 de la siguiente manera: “Murió don Juan de Alarcón, poeta famoso, así por sus comedias como por sus corcovas”¹. Parece que uno de los acontecimientos más tristes de este tipo durante su vida fue el realizado por dos importantes nombres de la época. Por lo visto, Lope de Vega y Mira de Amescua prepararon un atentado contra el local donde se iba a representar una obra suya y llenaron con aceite pestilente las lámparas del corral donde se representaba ‘El Anticristo’. Naturalmente la función fracasó porque el humo y el olor intoxicaron a algunos asistentes y asustaron a todos los presentes.²

Es muy posible que todas las penalidades por las que tuvo que pasar dejaran huellas importantes en su carácter y se reflejaran en sus obras. En el contenido de muchas de ellas se destaca la importancia y superioridad de la belleza interior, la de la moral sobre la belleza física. Su obra literaria, a pesar de no ser muy numerosa, goza de una gran variedad. Las comedias de Alarcón se pueden agrupar de la siguiente forma:

- 1) Comedias históricas
- 2) Comedias de intención didáctica y moralizadora
- 3) Comedias de enredo
- 4) Comedias religiosas

Entre sus comedias, las más conocidas son: *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen*, *El Anticristo*, *El dueño de las estrellas*, *El tejedor de Segovia*, *Quien mal anda mal acaba* y *No hay mal que por bien no venga*. A continuación se presenta el argumento de

¹ *Diccionario de Literatura Universal*, p. 463.

² Eva Lydia Oseguera de Chávez, Op. cit., p. 78.

la comedia titulada *Las paredes oyen*. Esta comedia tiene claras referencias autobiográficas. En ella, el personaje principal es un personaje “pobre y feo” pero al final de la obra triunfa contra su rival “rico y guapo”. El argumento de la obra es el siguiente:

“Ana de Contreras, la hermosa viuda a quien pretende Juan, va a casarse después de la noche de San Juan con su guapo prometido, don Mendo de Guzmán. Este, un vanidoso sujeto, reniega de Lucrecia —prima de su futura esposa— cuya empalagosa pasión lo tiene hartado. El conde, pretendiente de Lucrecia, conoce los descometidos alardes y se los cuenta para desencantarla.

La noche de San Juan, Ana oye a escondidas cómo Juan la alaba frente al duque de Urbino, mientras Mendo la critica. Ana se enfría y rompe el compromiso pero, despechado, Mendo se propone violarla; para lograrlo, soborna a los cocheros que la conducirán de Alcalá a Madrid, sólo que Juan y el duque, sospechando la vileza, los suplantán y, disfrazados, aparentan convenir en el terrible engaño. En el momento crucial, la defienden y hieren a Mendo. Ana, entonces, descubre la devoción de su enamorado y se casa con él. El conde conquista a Lucrecia demostrándole la perfidia de Mendo”³.

Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700)

Se considera uno de los criollos más ilustres de Nueva España, era pariente lejano de Luis de Góngora y Argote por parte de su madre. Utilizó como segundo apellido el de Góngora y debemos suponer que este nombre le facilitaría la aceptación en los ámbitos literarios de la época. Nació y vivió hasta su muerte en México. A una edad temprana

³ Ibid., p. 80.

empezó sus estudios en el seminario de la Compañía de Jesús pero fue expulsado debido a actuaciones “indebidas”. Por lo visto, el joven Carlos se escapaba del centro por las noches para entregarse a la vida nocturna y sus deleites. Las historias que hacía de sus vivencias causaron su expulsión.

Se graduó de la Real y Pontificia Universidad y más tarde volvió a la vida religiosa, ordenándose sacerdote. En cuanto a su vida profesional, debe decirse que ocupó puestos bastante importantes. Fue contable de la Universidad de donde se había graduado, capellán del Hospital del Amor de Dios, cosmógrafo del virrey, entre otros. Mediante sus actividades religiosas, sus estudios y creación literaria, intentó continuamente que los Jesuitas le perdonaran y le admitieran de nuevo entre ellos. Logró ser absuelto de su castigo poco antes de su muerte y fue de nuevo acogido en la orden.

Obras literarias

Carlos de Sigüenza y Góngora, gracias a su buena preparación intelectual y su esfuerzo, creó obras en distintas ramas como la filosofía, la historia, ciencias y —cómo no— la literatura. Debido a que nuestro interés principal es la literatura, nos limitaremos a brindar información breve acerca de su creación literaria.

Entre sus obras literarias se encuentran obras en verso, prosa y también obras de crítica literaria. Un buen ejemplo de su creación poética podría ser “La primavera indiana”. Este poema fue escrito cuando el autor tenía apenas diecisiete años, y narra el milagro de Tepeyac, según el cual la virgen María había aparecido en la localidad mencionada. A continuación se muestra un fragmento de este poema:

Estas, le dice, son éstas las claras
divinas señas de mi dulce imperio,

por ellas se me erijan cultas aras
en este vasto rígido Hemisferio.
No hagas patente a las profanas caras
tan prodigioso plácido misterio:
sólo al Sacro Pastor, que ya te espera
muéstrale esta portátil Primavera.
Hácelo así; y al descorrer la Manta,
fragante lluvia de pintadas rosas
el suelo inunda, y lo que más espanta
(¡Oh maravillas del Amor gloriosas!)
es ver lucida entre floresta tanta,
a espensas de unas líneas prodigiosas
una Copia, una Imagen, un Traslado
de la Reina del Cielo más volado⁴.

A pesar de que anteriormente habíamos mencionado que, de la vasta creación de Sigüenza, nos concentraremos en la literaria, veremos como ejemplo de prosa una crónica de gran importancia histórica. Este ejemplo representativo de su creación en prosa se titula *Relaciones históricas*. En esta obra se relatan con precisión los sucesos ocurridos durante el motín del año 1692. Habíamos nombrado previamente al virrey Don Gaspar de Sandoval y Mendoza, y también habíamos subrayado que su época se consideraba una época de desastres e inquietudes. A continuación se presentan algunos párrafos de las *Relaciones históricas*:

⁴ Eva Lydia Oseguera de Chávez, Op. cit., p. 84.

(...) No hubo más causa, que haberse publicado aquel día en la iglesia Catedral y en presencia del señor Virrey (...) no lo que se debía para consolidar al pueblo de la carestía, sino que se dictó por la imprudencia para irritarlo (...)

Los que más instaban a estas quejas eran los indios, gente la más ingrata, desconocida, quejumbrosa e inquieta, que Dios creo (...) mancomunándose con (...) unos cuantos mulatos, negros, chinos, mestizos, lobos y vilísimos españoles, así gachupines como criollos que allí estaban, cayeron de golpe sobre los cajones donde había hierro y lo que del se hace, así como tener hachas y barretas con que romper los restantes como para armarse de machetes y cuchillos que no tenían (...)

No se oía otra cosa en toda la plaza sino ¡Viva el Santísimo Sacramento! ¡Viva la Virgen del Rosario! ¡Viva el Rey! ¡Vivan los santiagueños! ¡Viva el pulque!, pero a cada una de estas aclamaciones —así acaso no eran contraseñas para conocerse— añadían: ¡Muera el Virrey! ¡Muera la virreina! ¡Muera el corregidor! ¡Mueran los españoles! ¡Muera el mal gobierno! (...)⁵

En el relato de Sigüenza se refleja claramente el ambiente de la insurrección y la mentalidad de los rebeldes. Se puede observar que el alzamiento carece de un ideal independentista, pues los rebeldes quieren que muera el virrey pero no el mismo rey. Sí que existe una protesta contra los españoles pero se entiende que esta protesta es contra los españoles que viven en América y, más que a su identidad nacional, se debe a su situación socio-económica privilegiada.

⁵ Eva Lydia Oseguera de Chávez, Op. cit., p. 85.